

Estancamiento económico y dogmas

Araceli Damián*

El Secretario de Hacienda, Agustín Cárstens, aseguró en el Foro Empresarial del Instituto Mexicano de Ejecutivos de Finanzas que la economía mexicana crecería hasta en un 3.8% este año, desconociendo así la baja en las expectativas de crecimiento anunciadas por el mismo organismo que representa, cuya “meta” es ahora obtener una tasa de entre 3 y 3.3 por ciento.

En el mismo foro, Guillermo Ortiz, Gobernador del Banco de México, declaraba que existen las condiciones para elevar la tasa de crecimiento del Producto Interno Bruto (PIB) al 6% anual en el país. Cínica declaración ya que Ortiz sabe que su política antinflacionaria (implementar cortos, cortos y más cortos para contener la inflación) tiene altos costos para el crecimiento económico, al elevar las tasas de interés y desalentar la inversión productiva.

Ninguno de los dos funcionarios se refirió al anuncio sobre la baja tasa de crecimiento del PIB lograda en el primer trimestre de 2007, que fue de 2.6%, comparado con el 5.5% del mismo trimestre del año pasado. A pesar de nuestro “potencial” económico, la reducción de más del 50% en la tasa de crecimiento cae como un balde de agua fría a la administración de Felipe Calderón, que inicia con una desaceleración del crecimiento económico y, como su antecesor, no muestra signos de saber qué hacer.

Parecería ser que los panistas todavía no caen en la cuenta de que para lograr un crecimiento económico no basta con hacer promesas electoreras, o con realizar gastos millonarios en spots publicitarios. Ante su incapacidad la reacción foxista fue construir foxilandia, la calderonista pretende convencer a los televidentes enajenados que se están realizando acciones “maravillosas” cuando en verdad el país se está acercando a una parálisis económica, conjugada con una violencia desenfrenada.

Como ya es costumbre, ente situaciones como ésta se levantan voces que reclaman las supuestas reformas estructurales que requiere el país para lograr un crecimiento económico aceptable. Sin embargo, quienes abogan por tales reformas buscan en el fondo que el Congreso apruebe las leyes que permitan la

privatización de Petróleos Mexicanos y del sector energético en general; que la reforma hacendaria se encamine hacia el cobro del IVA en alimentos y medicinas y se reduzcan los impuesto a empresas (como propone Gurría desde la OCDE, quien además plantea no gravar las ganancias obtenidas en la bolsa de valores). Otra de las grandes reformas esperadas es la laboral (la cereza del pastel), que permitirá a empresarios despedir a los trabajadores sin motivo y sin incurrir en costo alguno.

Quienes abogan por estas reformas pretenden desconocer que las implementadas en los últimos 25 años en el país (privatizaciones, apertura económica, reducción del tamaño del estado, etc.) no lograron promover el crecimiento económico. En innumerables ocasiones especialistas en el tema han señalado que uno de los grandes problemas de México es que los encargados de la política económica y las elites en el poder han aceptado, a cambio de seguir gozando de privilegios, que el país sea el laboratorio de los dogmas propuestos por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional.

El colmo es que quienes tienen a su cargo el control de las variables macroeconómicas, como Guillermo Ortiz o Agustín Cárstens, asumen como propios los dogmas del llamado Consenso de Washington cuyo único objetivo es defender los intereses de los grandes consorcios financieros. Peor aun, en los últimos años los legisladores priaristas han aprobado leyes que obligan al país a seguir aplicando dichos dogmas, a pesar del probado estancamiento económico que provocan.

Quienes pugnan por reformas estructurales de tercera generación nada dicen del limitado mandato del Banco de México, cuyo única meta es el controlar la inflación, dejando a un lado el de mantener un alto crecimiento del PIB y del empleo. El dogmatismo de quienes son responsables del desempeño económico llega a tal grado que suponen como un triunfo el mantener “estables” las variables macroeconómicas, a pesar de no tener crecimiento económico.

José Luis Calva, prestigiado economista de la UNAM, recordaba en un seminario sobre reformas estructurales en México celebrado en abril en la Fundación Heberto Castillo que Fox se decía orgulloso de haber logrado “una transición con

estabilidad macroeconómica”, sin darse cuenta que tal estabilidad equivale a decir que hay estabilidad dentro de un carro que no se mueve.

Recordó también que uno de los aspectos que se aprenden al estudiar la licenciatura en economía es que cuando en un país se observa un alto nivel de desempleo, con una elevada subutilización de la capacidad instalada, como sucede actualmente en nuestro país, se está ante uno de los peores desequilibrios macroeconómicos.

Si miramos los lineamientos de política económica que rigen las finanzas en nuestro país, llegaríamos a creer que los tecnócratas no se han dado cuenta que la economía no sólo se desacelera, sino que el carro se mueve de reversa. Pero nos equivocamos, el problema que tienen es que en la escuela aprendieron únicamente a seguir dogmas.

*El Colegio de México, adamian@colmex.mx